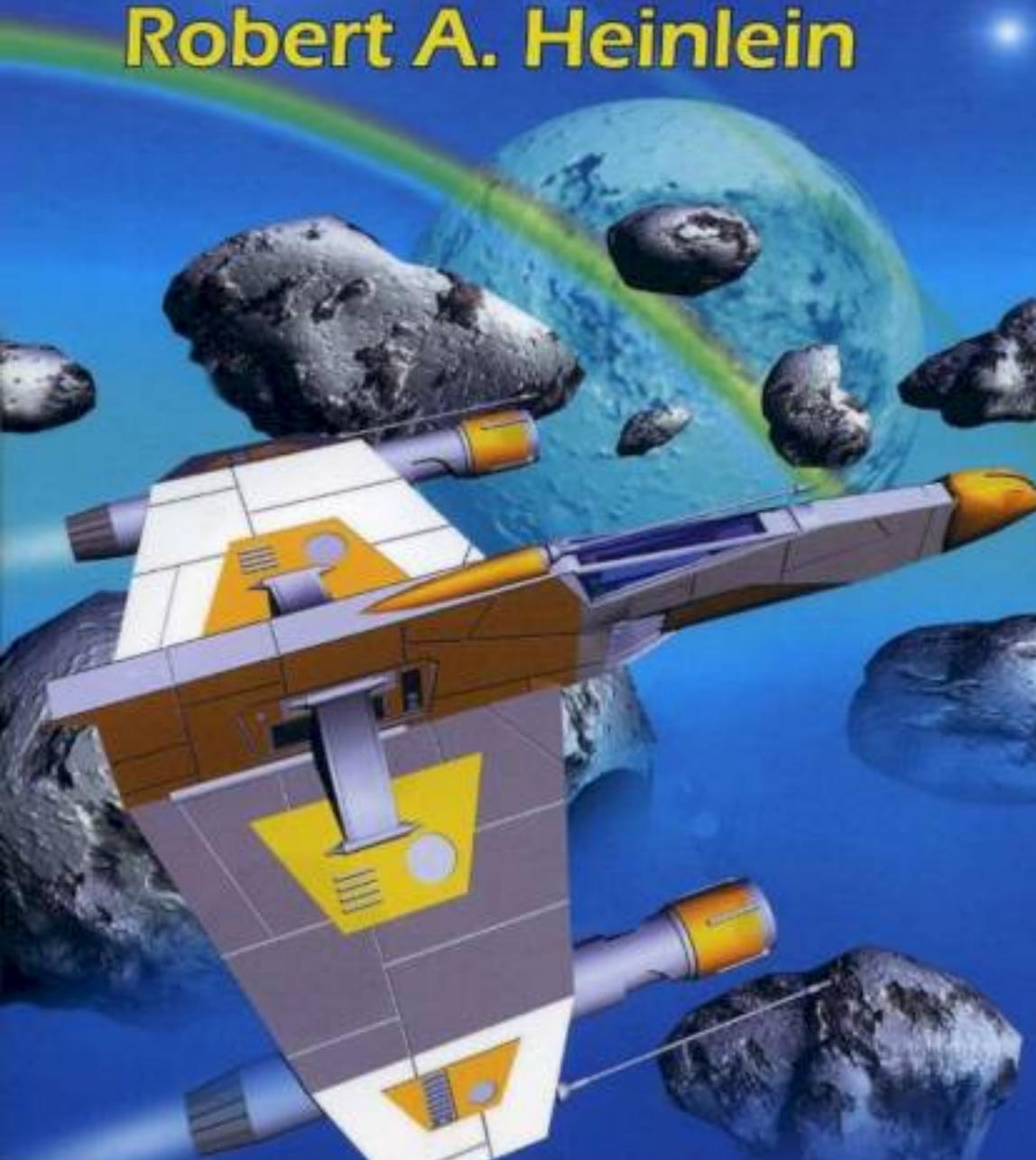


Por el autor de "Cadete del espacio"  
y "Forastero en tierra extraña"

# El GRANJERO de las ESTRELLAS

NOVELA INÉDITA DE

**Robert A. Heinlein**



George Lermer está a punto de embarcar rumbo a Ganímedes para unirse a los nuevos colonos y Bill vive con un único deseo: entrar a formar parte, como él, de la expedición. Pero su padre no quiere ni oír hablar de ello: es una misión demasiado peligrosa.

Desoyendo estos consejos, Bill no descansará hasta que consiga partir a bordo de la nave colonial Mayflower para buscar su destino en las estrellas. Pronto se dará cuenta de que su padre no andaba tan descaminado.

Para Sandy.

# Capítulo I

## Tierra

Nuestra compañía había estado en las Sierras Altas ese día y regresábamos con retraso. Habíamos despegado del campamento puntualmente, pero el control de tráfico nos desvió hacia el este para esquivar el mal tiempo. No me hizo gracia; normalmente papá no comía si yo no había llegado a casa.

Además, me habían endosado a un nuevo chico de copiloto; mi copiloto habitual y ayudante de jefe de patrulla estaba enfermo, así que nuestro jefe de exploradores, el señor Kinski, me había enviado a este imbécil. El señor Kinski viajaba en el otro helicóptero con la patrulla Jaguar.

—¿Por qué no aceleras un poco? —preguntó el imbécil.

—¿Has oído hablar de las normas de tráfico? —le pregunté.

El helicóptero estaba en modo automático, controlado desde tierra, y viajaba lentamente y a velocidad constante mientras descendía por una ruta de carga en la que nos habían metido.

El imbécil se rio.

—Siempre puedes tener una emergencia... Mira... te lo mostraré. —Conectó el micrófono—. Zorro Ocho Tres llamando a Tráfico...

Lo apagué, y luego volví a conectar cuando Tráfico respondió y les dije que habíamos llamado por error. El imbécil parecía indignado.

—¡Vaya con el niño bueno de mamá! —dijo en tono empalagoso.

Eso era justo lo que no me tenía que decir.

—Vete a popa —le dije— y dile a Slats Keifer que venga aquí.

—¿Por qué? Él no es piloto.

—Tú tampoco, en mi opinión. Pero pesa lo mismo que tú y quiero mantener este cacharro equilibrado.

Volvió a acomodarse en su asiento.

—El viejo Kinski me ha asignado como copiloto; aquí me quedo.

Conté hasta diez y lo dejé correr. La cabina del piloto en una nave en el aire no era lugar para una pelea. No nos dijimos nada más hasta que aterricé en la plataforma Diego Norte y apagué las toberas.

Fui el último en salir, por supuesto. El señor Kinski nos estaba esperando pero no lo vi; solo veía al imbécil. Lo agarré por el hombro.

—¿Quieres repetir ese comentario ahora? —le pregunté.

El señor Kinski apareció de la nada, se interpuso entre nosotros y dijo:

—¡Bill! ¡Bill! ¿Qué significa esto?

—Yo... —empecé a decir que iba a romperle los dientes al imbécil de una bofetada, pero me lo pensé mejor.

El señor Kinski se volvió hacia el imbécil.

—¿Qué ha pasado, Jones?

—¡No he hecho nada! Pregúnteselo a quien quiera.

Estuve a punto de decir que podía decirle eso al Consejo de pilotos. La insubordinación en el aire era un asunto grave. Pero ese «pregúnteselo a quien quiera» me detuvo. Nadie más había visto ni oído nada.

El señor Kinski nos miró a los dos, y luego dijo:

—Reúne a tu patrulla y ordénales que se retiren, Bill. —Lo hice y me fui a casa.

Con todo, estaba cansado y nervioso cuando llegué a casa. Había escuchado las noticias de camino a casa; no eran buenas. Habían reducido la ración otras diez calorías... lo que hizo que tuviera todavía más hambre y me recordó que no había estado en casa para prepararle la cena a papá. El locutor prosiguió y dijo que la nave espacial Mayflower finalmente había empezado a volar, y que se habían abierto las listas para los emigrantes. Eran bastante afortunados, pensé. Sin raciones escasas. Sin imbéciles como Jones.

Y un planeta completamente nuevo.

George, mi padre, estaba sentado en el apartamento, revisando algunos papeles.

—Hola, George —le dije—, ¿ya has comido?

—Hola, Bill. No.

—Tendré la cena lista enseguida. —Fui a la despensa y vi que tampoco había almorzado. Decidí ponerle comida de más.

Saqué dos bistés sintéticos del congelador y los puse a descongelar, añadí una patata asada de Idaho grande para papá y una más pequeña para mí, luego saqué un paquete de ensalada y dejé que se calentara a temperatura ambiente.

Cuando eché el agua hirviendo encima de las dos pastillas de sopa y del café en polvo, los bistecs ya estaban listos para la parrilla. Los puse, dejé que se cocinaran a temperatura media, y subí la potencia del descongelador para que las patatas estuvieran listas cuando los bistés estuvieran hechos. Luego abrí otra vez el congelador para sacar un par de porciones de tarta helada de postre.

Las patatas estaban listas. Eché un vistazo rápido a las cuentas de mis raciones, decidí que nos lo podíamos permitir y añadí un par de bolas de margarina. La parrilla estaba chisporroteando; retiré los bistés, lo limpié todo y encendí las velas, como lo hubiera hecho Anne.

—¡Ya está listo! —grité, y me volví para apuntar las calorías y los puntos de los envoltorios de cada cosa, antes de tirar los envoltorios en el incinerador. De esa manera nunca te hacías un lío con las cuentas.

Papá se sentó mientras yo terminaba. Tiempo transcurrido desde el principio: dos minutos y veinte segundos... Cocinar no tiene ningún secreto; no entiendo por qué las mujeres protestan tanto. No son sistemáticas, probablemente.

Papá olió los bistés y sonrió.

—¡Oh, hijo! Bill, nos vas a arruinar.

—No te preocupes —dije—. Todavía nos sobran para este trimestre. —Luego fruncí el ceño—. Pero el trimestre que viene no nos sobrá a menos que dejen de reducir las raciones.

Papá se detuvo con un trozo de bisté a medio camino de la boca.

—¿Otra vez?

—Otra vez. Mira, George, no lo entiendo. Este año ha habido una buena cosecha y además empezó a funcionar la planta de levadura de Montana.

—Sigues todas las noticias del comisario, ¿verdad, Bill?

—Naturalmente.

—¿Te fijaste en los resultados del censo chino? Compruébalo en tu regla de cálculo.

Sabía a qué se refería... y de repente el bisté me supo a goma vieja. ¿Qué sentido tiene ser diligente si alguien en el otro lado del planeta va a frustrar todos tus esfuerzos?

—¡Esos malditos chinos deberían dejar de tener hijos y empezar a cultivar comida!

—No son solo ellos, Bill.

—Pero... —Me callé. George tenía razón, normalmente la tiene, pero por alguna razón no me parecía justo—. ¿Has oído hablar del Mayflower? —La voz de papá se volvió cautelosa de repente, lo que me sorprendió. Desde que murió

Anne (Anne era mi madre), George y yo hemos estado tan unidos como pueden estarlo dos personas.

—Bueno, sé que ya funciona, eso es todo. Han empezado a elegir emigrantes.

—Bueno —volvía a tener ese tono cauteloso—, ¿qué has hecho hoy?

—Poca cosa. Caminamos unos ocho kilómetros hacia el norte del campamento y el señor Kinski puso pruebas a algunos de los chicos. Vi un puma.

—¿De verdad? Creía que no quedaba ninguno.

—Bueno, creo que vi uno.

—Entonces es probable. ¿Qué más?

Vacilé un instante y luego le hablé de ese imbécil de Jones.

—Ni siquiera es miembro de nuestra compañía. ¿Cómo se atreve a interferir en mi manera de pilotar?

—Has hecho lo que debías, Bill. Parece que este imbécil de Jones, como tú lo llamas, es demasiado joven para que le den un carné de piloto.

—De hecho, es un año mayor que yo.

—En mis tiempos tenías que tener dieciséis años antes de que pudieras siquiera intentar conseguir el carné.

—Los tiempos cambian, George.

—Así es. Así es.

Papá, de repente, puso cara triste y yo comprendí que estaba pensando en Anne. Dije apresuradamente:

—Tenga edad o no, ¿cómo consigue un insecto como Jones pasar el test de estabilidad emocional?

—Los tests psicológicos no son perfectos, Bill. Tampoco las personas. —Papá se reclinó y encendió su pipa. ¿Quieres que limpie yo esta noche?

—No, gracias. —Siempre lo preguntaba; yo siempre le decía que no. Papá es despistado; tira los puntos de las raciones en el incinerador sin darse cuenta. Cuando yo limpio, lo hago bien—. ¿Te apetece una partida de cribbage?

—Te voy a dar una paliza.

—¿Tú y quién más? —Tiré la basura, quemé los platos y fui al salón. Estaba sacando el tablero y las cartas.

No estaba concentrado en el juego. Yo ya estaba de vuelta antes de que él se pusiera en marcha. Finalmente dejó las cartas y me miró directamente.

—Hijo...

—¿Qué? Quiero decir, ¿sí, George?

—He decidido emigrar con el Mayflower.

Se me cayó el tablero de cribbage. Lo recogí, solté el acelerador e intenté enderezar mi vuelo.

—¡Esto es genial! ¿Cuándo nos vamos?

Papá dio una calada furiosa a su pipa.

—De eso se trata, Bill. Tú no irás.

No sabía qué decir. Papá nunca me había hecho nada como eso hasta entonces. Me quedé allí sentado, moviendo la boca como un pez. Finalmente conseguí decir:

—Papá, será una broma.

—No, no lo es, hijo.

—Pero ¿por qué? Respóndeme a esa pregunta: ¿por qué?

—Mira, hijo...

—Llámame Bill.

—De acuerdo, Bill. Una cosa es que yo decida probar suerte con la vida colonial, pero no tengo ningún derecho a arrastrarte conmigo. Tienes que terminar tu educación. No hay buenas escuelas en Ganímedes. Terminas los estudios, y luego, cuando seas mayor, si quieres emigrar, es asunto tuyo.

—¿Esa es la razón? ¿Esa es la única razón? ¿Que vaya a la escuela?

—Sí. Te quedas aquí y consigues un título. También me gustaría que hicieras el doctorado. Luego, si quieres, puedes venir conmigo. No habrás perdido tu oportunidad; los candidatos con parientes directos allí tienen prioridad.

—¡No!

Papá parecía decidido.

También yo, supongo.

—George, te digo que si me dejas aquí no servirá de nada. No voy a ir a la escuela. Puedo aprobar los exámenes para la ciudadanía de tercera clase ahora mismo. Luego podría conseguir un permiso de trabajo y...

Me interrumpió.

—No vas a necesitar un permiso de trabajo. Ya me he encargado de tu mantenimiento, Bill. Vas...

—¡«De mi mantenimiento»! ¿Crees que voy a tocar un crédito tuyo si te vas y me dejas? Viviré de mi paga de estudiante hasta que apruebe los exámenes y obtenga mi tarjeta de trabajo.

—¡Baja el tono, hijo! —prosiguió—. Estás orgulloso de ser un explorador, ¿verdad?

—Bueno... sí.

—Creo recordar que los exploradores tienen que ser obedientes. Y también corteses.

Ese fue un golpe inesperado. Tenía que pensar.

—George...

—¿Sí, Bill?

—Perdóname si he sido un grosero. Pero la ley de los exploradores no se hizo para que fuera más fácil abusar de un explorador. Mientras viva en tu casa haré lo que me digas. Pero si me abandonas, ya no tendrás derecho a reclamarme nada. ¿No te parece justo?

—Sé razonable, hijo. Lo hago por tu bien.

—No cambies de tema, George. ¿Es justo o no? Si te marchas a cientos de millones de kilómetros de distancia, ¿cómo esperas controlar mi vida cuando te hayas ido? Estaré solo.

—Seguiré siendo tu padre.

—Los padres y los hijos deberían permanecer unidos. Según recuerdo, los padres que llegaron en el Mayflower original trajeron a sus hijos consigo.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

—Está más lejos, increíblemente más lejos... y es más peligroso.

—Ese viaje también fue peligroso... La mitad de la colonia de Plymouth Rock murió durante el primer invierno; todo el mundo lo sabe. Y la distancia no significa nada; lo que importa es cuánto se tarda. Si tuviera que haber regresado a pie esta tarde, dentro de un mes todavía estaría caminando. Los peregrinos tardaron sesenta y tres días en cruzar el Atlántico, o al menos eso fue lo que me enseñaron en la escuela..., pero esta tarde el locutor dijo que el Mayflower llegará a Ganímedes en sesenta días. Eso hace que Ganímedes esté más cerca de lo que estaba Londres de Plymouth Rock.

Papá se levantó y apagó la pipa.

—No voy a discutir contigo, hijo.

—Ni yo tampoco. —Respiré profundamente. No debería haber dicho lo que dije a continuación, pero estaba rabioso. Nunca me habían tratado de esa manera hasta entonces y supongo que quería devolverle el dolor—. Pero te puedo decir una cosa: no eres el único que está harto de raciones escasas. Si crees que me voy a quedar aquí mientras tú estás comiendo como un rey en las colonias, será mejor que lo pienses dos veces. Creía que éramos socios.

Esto último fue lo más mezquino de todo y debería haberme avergonzado. Era lo que me había dicho el día siguiente a la muerte de Anne, y así es como había sido siempre.

En el mismo instante en que lo dije comprendí por qué George tenía que emigrar y supe que no tenía nada que ver con los puntos de las raciones. Pero no sabía cómo retractarme.

Papá me miró fijamente. Luego dijo con voz tranquila:

—¿Crees que las cosas son así? ¿Que quiero marcharme para poder dejar de saltarme la comida cuando quiero ahorrar puntos de la ración?

—¿Por qué si no? —respondí. Me había quedado atascado; no sabía qué decir.

—Mmm... Bueno, si eso es lo que crees, Bill, no puedo decirte nada. Creo que me voy a la cama.

Me fui a mi habitación con un sentimiento de confusión interior. Echaba tanto de menos que mi madre estuviera allí que me dolía, y sabía que George sentía lo mismo. Ella nunca habría permitido que llegáramos al punto de gritarnos... y al menos yo había gritado. Además, nuestra relación se había roto, nunca volvería a ser la misma.

Me sentí mejor después de una ducha y un largo masaje. Sabía que nuestra relación no podía romperse de verdad. A la larga, cuando George viera que yo tenía que ir, no dejaría que la universidad se interpusiera en el camino. Estaba seguro de eso... bueno, bastante seguro por lo menos.

Empecé a pensar en Ganímedes.

¡Ganímedes!

¡Pero si ni siquiera había ido a la Luna!

Había un chico en mi clase que había nacido en la Luna. Sus padres todavía estaban allí; a él lo habían enviado para que fuera a la escuela. Se daba aires de hombre del espacio exterior. Pero la Luna estaba a menos de medio millón de kilómetros de distancia; prácticamente le podías tirar piedras. No se autoabastecía; la colonia de la Luna tenía las mismas raciones que la Tierra. En realidad era parte de la Tierra. ¡Pero Ganímedes...!

Veamos... Júpiter estaba a ochocientos millones de kilómetros de distancia, más o menos, según la época del año. ¿Qué era la minúscula distancia hasta la Luna en comparación con un salto como ese?

De repente no era capaz de recordar si Ganímedes era la tercera o la cuarta luna de Júpiter. Y lo tenía que saber ya. Había un libro en el salón que lo diría, además de muchas más cosas: Un recorrido por las colonias de la Tierra, de Ellsworth Smith. Fui a buscarlo.

Papá no se había ido a la cama. Estaba levantado, leyendo. Dije:

—Ah... hola —y fui a buscar el libro. Él asintió con la cabeza y siguió leyendo.

El libro no estaba donde tendría que haber estado. Me volví y papá dijo:

—¿Qué buscas, Bill?

Entonces vi que lo estaba leyendo. Dije:

—Oh, nada. No sabía que lo tenías tú.

—¿Esto? —Lo levantó.

—No importa. Encontraré otra cosa.

—Toma. Ya he terminado con él.

—Bueno... Está bien, gracias. —Lo tomé y me fui.

—Espera un minuto, Bill.

Me detuve.

—He tomado una decisión, Bill. No voy a ir.

—¿Qué?

—Tenías razón en lo de que éramos socios. Este es mi lugar.

—Sí, pero... Mira, George, siento haber dicho lo que dije sobre las raciones. Sé que esa no es la razón. La razón es... bueno, que tienes que ir. —Quería decirle que sabía que la razón era Anne, pero tenía miedo de que si decía el nombre de Anne en voz alta me pondría a llorar.

—¿Quieres decir que estás dispuesto a quedarte aquí e ir a la escuela?

—Ah... —No estaba nada dispuesto a decir eso; me moría de ganas de ir—. No era eso lo que quería decir exactamente. Quería decir que sé por qué quieres ir, por qué tienes que ir.

—Mmm... —Encendió la pipa con mucha calma—. Entiendo. O quizá no. —Luego añadió—. Digámoslo así, Bill. La sociedad se mantiene. O vamos los dos, o los dos nos quedamos, a menos que decidas por propia voluntad que te quedarás hasta tener tu título y que te reunirás conmigo más tarde. ¿Te parece justo?

—¿Eh? ¡Oh, sí!

—Pues ya hablaremos de ello.

Dije buenas noches y me metí en mi habitación rápidamente.

William, chico, me dije a mí mismo, lo tienes prácticamente en el bolsillo. Si puedes evitar que se te ablande el corazón y te avengas a una separación. Me metí en la cama y abrí el libro.

Ganímedes era JúpiterIII; tendría que haberlo recordado. Era más grande que Mercurio, mucho más grande que la Luna, un planeta respetable, a pesar de ser un satélite. La gravedad en superficie era un tercio de la de la Tierra; allí yo pesaría veinte kilos. Se estableció contacto por primera vez en 1985 —eso ya lo sabía— y el proyecto para su atmósfera, iniciado en 1998, había estado en funcionamiento desde entonces.

En el libro había un estereograma de Júpiter tal como se veía desde Ganímedes: redondo como una manzana, naranja rojizo, y achatado en ambos polos. Y muy grande. Hermoso. Me quedé dormido mientras lo miraba.

Papá y yo no tuvimos la oportunidad de hablar durante los tres días siguientes porque pasé ese tiempo con mi clase de geografía en la Antártida. Regresé con la nariz congelada, algunas fotos fantásticas de pingüinos... y ciertas ideas revisadas. Había tenido tiempo para pensar.

Papá se había hecho un lío con el libro de cuentas, como de costumbre, pero se había acordado de guardar los envoltorios y no tardé demasiado en arreglarlo todo. Después de la cena dejé que me ganara un par de partidas, antes de decirle:

—Mira, George...

—¿Sí?

—¿Sabes eso de lo que estuvimos hablando?

—Sí, claro.

—Las cosas son así. Soy menor de edad; no puedo ir si tú no me dejas. A mí me parece que deberías dejarme ir,

pero si no lo haces, no voy a dejar los estudios. En cualquier caso, tú deberías ir... necesitas ir... y sabes por qué. Solo te pido que lo vuelvas a pensar y me lleves contigo, pero no me voy a comportar como un niño por eso.

Papá parecía casi avergonzado.

—Es todo un discurso, hijo. ¿Quieres decir que estás dispuesto a dejar que me vaya, a quedarte aquí, e ir a la escuela sin protestar?

—Bueno, «dispuesto» no..., pero me aguantaría.

—Gracias. —Papá hurgó en su bolsillo y sacó un documento—. Échale un vistazo a esto.

—¿Qué es?

—Una copia del expediente de tu solicitud para emigrar. La envié hace dos días.